

contingo. Para mi tranquilidad y la suya, vale mas que salga de París.

— Muy bien, dijo Pitou lleno de gozo con la idea de recobrar á un mismo tiempo sus amistades de niño, y sus vagas aspiraciones de un sentimiento de adulto que despertaba en él Catalina.

Y levantándose en seguida, se despidio de Gilberto, que se sonreia, y de Billot que meditaba.

Despues de lo cual partió á toda carrera á buscar á Sebastian, su hermano de leche.

— Y ahora, dijo Gilberto á Billot, trabajemos.

CAPITULO XLIII.

Medea.

A la violenta agitacion que hemos indicado á nuestros lectores, habia sucedido un poco de calma en Versalles.

El rey respiraba con mas libertad, y sin dejar de sentir lo que su orgullo de Borbon habia tenido que sufrir en el viage de París, consolábase con la idea de haber reconquistado su popularidad.

Entre tanto Necker organizaba y perdía insensiblemente la suya.

La nobleza se disponia á la defeccion ó á la resistencia.

El pueblo velaba y esperaba.

La reina, replegada sobre sí misma, segura de que era el blanco de todos los odios, disimulaba, sabiendo que aunque era el blanco de todos los odios, lo era asimismo de muchas esperanzas.

Desde el viage del rey á París, apenas habia visto á Gilberto.

Solo una vez le halló casualmente en una antecámara de las habitaciones del rey.

Y allí, viendo que Gilberto no hacia mas que saludarla profundamente, la reina fué la primera en romper el silencio.

— Buenos dias, caballero Gilberto, dijo, ¿vais á la habitacion del rey?

Y despues añadió con una sonrisa en que se reflejaba un tanto la ironía.

— ¿Vais como consejero, ó como médico?

— Como médico, señora, respondió Gilberto; pues hoy me encuentro de servicio.

La reina hizo seña á Gilberto para que la siguiera, y Gilberto obedeció.

Entraron ambos en un salon que lindaba con el cuarto del rey.

— Y bien, caballero, dijo la reina; ya veis que me habeis engañado cuando me asegurásteis que el rey no corria peligro alguno en su viage á París.

— ¿Yo, señora! repuso admirado Gilberto.

— Si, vos; ¿no han hecho fuego contra S. M.?

— ¿Y quién ha dicho eso? señora.

— Todo el mundo, y sobre todo, los que han visto caer á aquella pobre muger junto al carruage del rey. Lo han dicho Mr. Beauveau, Mr. de Estaing, que vieron vuestra casaca desgarrada y vuestra chorrera atravesada por la bala.

— ¡Señora!

— La bala que os ha alcanzado, caballero, esa bala pudo muy bien matar al rey como ha muerto á esa pobre muger, y yo creo que ni vos ni esa muger erais el blanco de los asesinos.

— Yo no puedo creer en un crimen, señora, dijo Gilberto vacilando.

— Pues yo sí, dijo la reina clavando sobre Gilberto una mirada penetrante.

— En todo caso, si hay un crimen no se debe imputar al pueblo.

La reina volvió á mirar á Gilberto.

— ¡Ah! exclamó; ¿pues á quien se puede atribuir?

— Señora, continuó Gilberto moviendo la cabeza, hace ya mucho tiempo que veo y estudió al pueblo. Pues bien; el pueblo cuando asesina en tiempo de revolucion, asesina

con las manos; es el tigre furioso, el leon iritado. El tigre y el leon no usan de intermedios entre su fuerza y su victima; matan por matar y se complacen en teñir sus dientes y sus uñas en su sangre.

— Testigos Foulon y Berthier, ¿no es cierto? ¿Pero Flesselles no ha muerto de un pistoletazo? A lo menos eso es lo que he oido decir; pero despues de todo, continuó la reina con ironía, tal vez como nos hallamos tan rodeados los reyes de aduladores, eso no será cierto.

Gilberto á su vez clavó su ojos en la reina.

— ¡Oh! yo sé bien, señora, que vos lo mismo que yo, estais bien persuadida de que no ha sido el pueblo quien le ha asesinado. Habia personas interesadas en su muerte.

La reina meditó un poco.

— Verdaderamente, dijo, no está en lo posible.

— Ahora bien, dijo Gilberto inclinándose como para preguntarle si tenia algo mas que decirle.

— Comprendo, caballero; dijo la reina deteniendo al doctor con un ademan amistoso. Pero de todos modos, permitidme que os diga que no podreis libertar al rey jamás tan positivamente con vuestra ciencia como le habeis libertado hace pocos dias con vuestro pecho.

Gilberto se inclinó segunda vez.

Pero viendo que la reina permanecia inmóvil, se quedó.

— Yo hubiera debido volveros á ver, caballero, dijo la reina, despues de una pausa momentánea.

— V. M. no tiene necesidad de mí, dijo Gilberto.

— Sois muy modesto.

— Quisiera no serlo, señora.

— ¿Por qué?

— Porque siendo menos modesto, seria menos tímido, y por lo tanto mas apto para servir á mis amigos ó para dañar á los enemigos.

— ¿Y por qué decis mis amigos y no decis mis enemigos?

— Porque yo no tengo enemigos, ó porque no quiero al menos reconocer que los tengo.

La reina le miró sorprendida.

— Quiero decir, continuó Gilberto, que mis amigos son únicamente los que me odian.

— ¿Y como es eso?

— Porque tampoco amo á nadie.

— ¿Sois ambicioso, caballero?

— Por un momento creo serlo.

— ¿Y qué?

— Y esa pasion germinó en mi pecho como todas las demas pasiones.

— Os queda una sin embargo, dijo la reina con cierta expresion de ironía.

— ¿Y cual, señora?

— El patriotismo.

Gilberto inclinó la cabeza.

— ¡Oh! es cierto, adoro á mi patria, y haré por ella toda clase de sacrificios.

— ¡Ay! exclamó la reina con una indefinible melancolía; hubo un tiempo en que nunca un francés hubiera espresado ese pensamiento en los términos en que vos acabais de hacerlo.

— ¿Qué quereis decir? señora; preguntó respetuosamente Gilberto.

— Quiero decir, que en el tiempo de que os hablo, era imposible amar á su patria sin amar al mismo tiempo á su rey y á su reina.

Gilberto se ruborizó, se inclinó de nuevo y sintió en su corazon una especie de choque de esa electricidad que en sus íntimas conversaciones, se desprendia del alma de la reina.

— ¿Nada me contestais? caballero, dijo esta.

— Señora, respondió Gilberto, me atrevo á vanagloriarme de amar á la monarquía mas que nadie.

— Estamos en un tiempo en que bastan las palabras; ¿y no serian mejores los hechos?

— Pero señora, dijo Gilberto sorprendido; ruego á V. M., que crea que estoy dispuesto á obedecer...

— Obedecereis, ¿no es cierto?

— Indudablemente, señora.

— En lo cual, dijo la reina volviendo á tomar á pesar suyo un poco de su habitual orgullo, no hareis mas que cumplir con vuestro deber.

— Señora...

— Dios, que ha concedido la omnipotencia á los reyes, continuó María Antonieta, los ha absuelto de la obligacion de ser reconocidos con aquellos que cumplen con su deber.

— ¡Ah! señora, exclamó Gilberto; se acerca una época en que vuestros servidores merecerán aun mas que vuestro reconocimiento, si quieren cumplir con sus deberes.

— ¿Qué me dais á entender?

— Os doy á entender, que en estos dias de desórden y de destruccion, buscareis inútilmente amigos, donde os hallabais acostumbrada á encontrar servidores. Rogad al cielo, señora, que os envíe otros apoyos que los que teneis ahora.

— ¿Conoceis algunos?

— Sí, ciertamente.

— Pues indicádmelos.

— Yo, por ejemplo; que os hablo hoy y que ayer era vuestro enemigo.

— ¿Mi enemigo; y por qué?

— Porque mandásteis que me prendiesen.

— ¿Y hoy?

— Hoy, señora, dijo Gilberto inclinándose, hoy soy vuestro servidor.

— ¿Y cómo?

— Señora...

— Sí; ¿de qué modo y con qué objeto sois servidor mio? No está en vuestro modo de ver el cambiar tan repetidamente de pensamientos, de creencias y de afecciones. Sois un hombre profundo en vuestros recuerdos, y sabeis hacer duraderas vuestras venganzas. Veamos, pues, el motivo de vuestro cambio.

— Señora, hace pocos momentos me habeis echado en cara el amar demasiado á mi patria.

— Nunca se la ama demasiado, pero se trata únicamente de saber el modo como se la ama. Yo amo á mi patria.

Gilberto se sonrió.

— ¡Oh! prosiguió la reina, no deis una falsa interpretacion á mis palabras. Mi patria es la Francia, pues es mi patria de adopción. Alemana por mi sangre, soy francesa en el corazon. Yo amo á la Francia, pero la amo por el rey, la amo por respeto á Dios que nos ha consagrado; pero ¿y vos?

— ¿Yo, señora?

— Sí, vos. Ya lo veo, á vos no os sucede lo mismo; vos amais á la Francia, solamente por ser la Francia.

— Señora, faltaria al respeto debido á V. M. si no fuera franco.

— ¡Oh! exclamó la reina; ¡época cruel aquella en que las gentes que se dicen honradas separan dos cosas que no se han separado jamás, dos principios que han caminado siempre juntos; la Francia y su rey! Pero ¡no teneis vos una tragedia de uno de vuestros poetas, en que se pregunta á una reina abandonada de todo el mundo: «¿Qué os queda?» y ella responde «¡Yo!» Pues bien, yo soy como Medea; yo quedo, y verémos.

Y la reina siguió su camino, con los ojos radiantes de cólera dejando á Gilberto estupefacto.

La reina levantaba á sus ojos una punta del velo, tras del cual se escondia toda la obra de la contrarrevolucion.

— Está visto, dijo Gilberto entrando en la habitacion del rey; la reina medita un proyecto.

— Vamos, dijo la reina volviendo á la suya; no se puede hacer nada con ese hombre. Tiene la fuerza, pero no tiene adhesion.

¡Pobres príncipes! para quien la palabra adhesion, es sinónima de servilismo.

CAPITULO XLIV

Lo que queria la reina.

Gilberto volvió á casa de Necker, despues de haber dejado al rey tan tranquilo como agitada habia dejado á la reina.

El rey escribia, revisaba cuentas, y meditaba reformas legislativas,

Aquel hombre de buena voluntad, de dulce mirada y de recto corazon, corazon que únicamente fué falseado por las preocupaciones inherentes á su condicion real, aquel hombre se obstinaba en reconquistar las cosas mas fútiles, en cambio de las cosas importantes de que le desposeian. Se obstinaba en penetrar el horizonte con su miope mirada, cuando el abismo se hallaba á sus pies.

Aquel hombre inspiraba una compasion profunda á Gilberto.

No le sucedia lo mismo respecto á la reina, y á pesar de su impasibilidad, Gilberto conocia que la reina era una de esas personas á quienes es preciso amar con pasion ú odiar mortalmente.

Vuelta á su habitacion, María Antonieta sintió un enorme peso que gravitaba sobre su pecho.

Y con efecto, ni como muger ni como reina, hallaba á su alrededor nada que la ayudase á soportar una parte del enorme peso que la agobiaba.

A cualquier parte que dirigiese sus miradas, parecíala ver la vacilacion y la duda.

Veia á los cortesanos, inquietos por sus fortunas, reallizarlas sin detencion.

A los amigos y parientes pensando en el destierro.

A la muger mas arrojada, alejándose poco á poco, moral y materialmente.

Al hombre mas noble y mas querido de todos, á Charny, vacilante tambien.

Esta situacion la agitaba.

¿Cómo este hombre puro, cómo ese corazon sin man-cilla podia variar de repente?

— No, no ha variado, decia la reina para sí, pero está muy próximo.

Si, va á cambiar; ¡conviccion cruel para la muger que ame con pasion, insoportable para la que ama con orgullo!

Ahora bien; la reina amaba á Charny con pasion y con orgullo.

De manera que sufría por ambos lados.

Y sin embargo, en la situacion á que habia llegado, en el momento en que acababa de conocer el mal que habia hecho, lo injusta que habia sido, aun era tiempo de repararlo.

Pero el talento de una muger encolerizada se embota, y la reina no podia ceder aun conociendo su injusticia. Tal vez en presencia de un indiferente hubiera mostrado ó querido mostrar grandeza de alma, y tal vez entónces hubiera pedido perdon.

Pero la reina no creía deber hacer la menor concesion á aquel á quien habia honrado con un afecto tan puro y tan tierno al mismo tiempo, á aquel á quien se habia dignado hacer partícipe de sus mas secretos pensamientos.

La desgracia de las reinas que se bajan á amar á un vasallo, es la de amar siempre como reinas y nunca como mugeres.

Y María Antonieta se estimaba en tan alto grado, que creía que nada en el mundo podia apagar su amor, ni aun la sangre, ni las lágrimas.

Desde el momento en que conoció que estaba celosa de Andrea, habia empezado á disminuir moralmente.

Y de esta inferioridad provenian sus caprichos.

Y de sus caprichos la cólera.

Y de la cólera las malas ideas que llevan tras sí las malas acciones.

Charny no se daba cuenta á si mismo de todo lo que acabamos de decir; pero era hombre, y habia comprendido que María Antonieta estaba celosa, y celosa injustamente de su muger.

De su muger, á quien él nunca habia mirado siquiera. Nada exaspera tanto un corazon recto é incapaz de una traicion, como el conocer que le crean capaz de ella.

Nada hay mas propio para llamar la atencion sobre alguna persona que los celos que se le tributan.

Sobre todo cuando estos celos son injustos.

Entónces, la persona inculpada reflexiona.

Mira alternativamente el corazon celoso y á la persona celosa.

Cuanto mas grande es el alma del celoso, mas grande el peligro en que se arroja.

En efecto; ¿cómo suponemos que un corazon grande, una elevada inteligencia, un orgullo legitimo, se inquietarian sin un motivo fundado?

¿Por qué habia de ser la muger hermosa?

¿Por qué la muger poderosa habia de tener celos? ¿por qué habia de tenerlos la muger de talento? ¿Cómo suponer que esta muger se inquietaria sin fundamento?

Charny sabia que Andrea era una antigua amiga de la reina. ¿Y por qué ahora no la queria? ¿por qué tiene celos de ella María Antonieta?

¿La reina habia, sin duda, descubierto algun misterioso secreto de belleza que él no habia penetrado, sin duda por no haberlo buscado?

¿Habia tal vez conocido que Charny podia mirar á aquella muger, y que ella perderia en la comparacion?

¿O bien habia pensado notar que Charny la amaba menos?

Nada hay mas funesto para los celosos, que ese conocimiento que dan á otro del estado de su corazon.

¿Cuántas veces sucede que la persona amada se ve instruida por medio de recriminaciones, de una frialdad que aun no conocia!

¡Oh impericia de los amantes! Verdad es que donde se halla demasiada astucia no suele haber mucho amor.

María Antonieta habia, pues, descubierto con su cólera á Charny que le amaba menos.

Y en cuanto éste lo notó buscó la causa, causa que le hizo dirigir naturalmente sus miradas á Andrea.

¡Andrea! la pobre muger abandonada antes de llegar á ser esposa.

Y Charny compadeció á Andrea.

La escena de su regreso de París le habia revelado el profundo secreto de los celos.

La reina tambien vió que todo estaba descubierto, y como no queria ceder ante Charny, empleó otro medio que, segun ella, debia conducirle á su objeto.

Le reina se decidió á tener mil atenciones con Andrea.

La invitó á todos sus paseos, la colmó de caricias y la hizo envidiar de toda la servidumbre.

Y Andrea se dejó llevar con asombro, pero sin reconocimiento.

En cambio, como era preciso que la cólera recayese sobre alguien, la reina empezó por tratar ásperamente á Charny, y pasaban semanas sin dar á entender que notaba su presencia en palacio.

Únicamente cuando no estaba delante, el corazon de la pobre muger se desbordaba, y sus vagas miradas buscaban á aquel de quien se volvian sus ojos cuando estaba delante de ella.

Si tenia necesidad de apoyarse en el brazo de alguien, alguna órden que dar, alguna sonrisa que conceder, este honor era para el primero que se le presentaba.

Nunca faltaba alguno, que solia á veces ser una persona de mérito.

La reina creia curarse de su herida hiriendo á Charny. Este sufría y callaba. Tenia mucho poder sobre sí mismo, y ni el mas leve movimiento de cólera dejó escapar durante estas crueles venganzas.

Entónces se vió un curioso espectáculo; un espectáculo que solo á las mugeres les es dado presentar y comprender.

Andrea comprendió todo lo que sufría su marido, y como le amaba con ese cariño angelical que nunca habia concebido una esperanza, le compadeció y le demostró su compasion.

De esta compasion resultó una dulce y misteriosa armonía. Procuró consolar á Charny sin dejarle entrever que ella comprendiese que tenia necesidad de consuelo.

Y todo esto se hacía con esa delicadeza que debiera llamarse femenino, pues solo las mugeres son capaces de ella.

María Antonieta, que procuraba dividir para reinar, conoció que habia tomado un camino equivocado, y que unía dos almas que trataba de separar.

Entónces tuvo en el silencio de las noches esos dolores espantosos que deben dar á Dios una idea bien alta de su poder, por haber creado seres bastante fuertes para soportar semejantes pruebas.

Así es, que la reina hubiera seguramente sucumbido á tantos dolores sin la agitacion en que la tenian las asuntos políticos. Quien tiene los miembros agobiados por la fatiga, no se queja de la dureza de su lecho.

Tales eran las circunstancias en que vivió la reina desde la vuelta del rey á Versalles, hasta el día en que pensó seriamente en volver á usar del ejercicio absoluto de su poder.

Y es que en su orgullo, María Antonieta atribuía á su decadencia de reina aquella especie de menosprecio que parecia sufrir la muger.

Para aquel talento activo, pensar era obrar.

¡Ay! la obra que consumaba era la obra de su perdicion.

CAPITULO XLV

El regimiento de Flándes.

Desgraciadamente para la reina, todos estos hechos que hemos reproducido eran accidentes en los que una mano firme é industriosa podia poner remedio. Se necesitaba solamente concentrar las fuerzas.

La reina, viendo que los franceses se habian hecho militares y parecian querer hacer la guerra, se decidió á demostrarles lo que era una guerra verdadera.

— « Hasta ahora no han tenido que habérselas mas que

con los inválidos de la Bastilla y con los suizos mal encaminados y vacilantes; ahora se les hará ver lo que son dos buenos regimientos realistas bien disciplinados.

« Tal vez no está muy lejos uno de esos regimientos que han disuelto las asonadas y han vertido su sangre en medio de las convulsiones de la guerra civil.

« Se mandará venir á uno de estos regimientos, el mas bien querido, y los parisienses comprenderán entónces que no tienen otro remedio que la sumision. »

Esto era despues de todas las discusiones de la Asamblea y del rey por el *veto*. El rey habia luchado durante dos meses por volver á recuperar un resto de su soberania. Habia, en union con el ministerio y Mirabeau, pretendido neutralizar el impulso republicano que queria borrar de Francia la monarquía.

La reina se habia gastado en esta lucha; gastado sobre todo, porque habia visto al rey sucumbir.

El rey habia perdido en este combate todo su poder y el resto de su popularidad.

La reina habia ganado un sobrenombre.

Una de esas palabras, estraña á los oídos del pueblo, y que acaricia sus oídos por serle estraña; un nombre que aun no era una injuria, pero que debia llegar á ser la mas sangrienta de todas. Una palabra burlona que se cambió despues en una palabra sangrienta.

La llamaban *Madame Veto*.

Este nombre debia ir en alas de las canciones revolucionarias, á espantar en Alemania á las súbditos y los amigos de los que al enviar á Francia una reina alemana, tenian razon para admirarse de que se la injuriase con el nombre de la *Austriaca*.

Este nombre debia acompañar en París en las asonadas, en los días de sangre, los últimos gritos, la agonía espantosa de las víctimas.

María Antonieta desde entónces se llamó *Madame Veto* hasta el día en que la llamaron la viuda de Capeto.

Esta era ya la tercera vez que variaba de nombre. Des-

pues de haberla llamado la *Austriaca*, la habian apellidado *Madame D'Éficit*.

Despues de las luchas en que la reina habia procurado interesar á sus amigos con la inminencia de su propio peligro, habia advertido únicamente que habian sido pedidos en el Hotel de Ville 60,000 pasaportes.

Sesenta mil personas influyentes de París y de toda la Francia habian ido á reunirse en el extranjero con los amigos y los parientes de la reina.

Desengaño cruel que habia herido vivamente á la reina.

Así es que ya no pensaba en otra cosa sino en una fuga diestramente concertada, una fuga apoyada en caso necesario por la fuerza, en una fuga tras de la cual veia la salvacion, despues de la cual las personas fieles que quedasen en Francia podian sostener la guerra civil, es decir castigar á los revolucionarios.

El proyecto no era malo, y hubiera sido coronado de buen éxito seguramente. Pero detras de la reina estaba el genio del mal.

¡Destino singular!

Esta muger que inspiraba tan profundas afecciones, no halló en parte ninguna la discrecion.

Se llegó á saber en París que trataba de huir antes de que ella misma estuviera bien decidida.

Desde el momento en que se supo, María Antonieta debió comprender que su plan era ya impracticable.

Entretanto un regimiento famoso por sus simpatías, el regimiento de Flándes, caminaba sobre París á marchas forzadas.

Este regimiento era pedido por la municipalidad de Versalles, que cansada de las guardias extraordinarias por la continua vigilancia que habia que observar alrededor del palacio, amenazada continuamente por las distribuciones de víveres y las asonadas repetidas, tenia necesidad de mas fuerzas que la guardia nacional y las milicias.

El palacio tenia demasiado que hacer con defenderse á sí propio.

Este regimiento de Flándes llegaba, y para que tomara al

punto la autoridad de que querian revestirle, era preciso que una acogida particular le atrajese la atencion del pueblo.

El almirante de Estaing reunió á los oficiales de la guardia nacional, á todos los de los cuerpos que se hallaban en Versalles, y se colocó al frente de él.

El regimiento hizo una entrada solemne en Versalles con su artillería y sus convoyes.

Alrededor de este punto céntrico se agruparon una infinidad de nobles que pertenecian á alguna de las armas especiales.

Eligieron un uniforme para reconocerse, y se reunian á los demas oficiales fuera de la escuadra, y á todos los caballeros de San Luis, á quienes el peligro ó la prevision conducian á Versalles. Desde allí se repartieron por París, que veia entónces con profundo terror á aquellos enemigos, insolentes y orgullosos.

Desde entónces el rey podia ya marchar, pues podia ser sostenido y protegido en su viaje, y tal vez París, ignorante y mal preparado, le hubiera dejado partir.

Pero el genio del mal de la *Austriaca* velaba continuamente.

Lieja se insurreccionaba contra el emperador; y la inquietud que produjo esta insurreccion en el Austria evitó que se pensara en la reina de Francia.

Esta, ademas, creyó deber detenerse por delicadeza en semejantes momentos.

La revolucion, sin embargo, continuaba con una espantosa rapidez.

Despues de la ovacion hecha al regimiento de Flándes, los guardias de corps decidieron dar un banquete á los oficiales.

Esta fiesta se fijó para el 1.º de octubre.

Todas las personas influyentes de la ciudad fueron invitadas.

¿De qué se trataba?

¿De fraternizar con los soldados de Flándes? ¿por qué razon los soldados no habian de fraternizar entre sí, cuando los distritos y las provincias fraternizaban?

¿Estaba prohibido por la Constitucion que los nobles fraternizasen?

El rey era aun el dueño de sus regimientos y los mandaba en gefe. Tenia la propiedad del palacio de Versalles y él solo tenia derecho para admitir en él á quien quisiese.

¿Por qué no habia de recibir en él á aquellos valientes soldados y dignos nobles que llegaban de Douai, donde tan bien se habian portado?

Nada mas natural, y nadie pensó en admirarse ni ménos en alarmarse por esto.

Esta comida iba á fomentar la fraternidad que debian tener entre sí todos los cuerpos de un ejército franco destinado á defender á la vez la libertad y la monarquía.

Por otra parte, ¿sabia el rey en lo que se habia convenido?

Desde los últimos sucesos, el rey, libre, gracias á sus concesiones, no se ocupaba ya de nada; le habian quitado el grave peso de los negocios; ya no pretendia reinar, pues reinaban en su nombre; pero tampoco creia deber fastidiarse todo el dia.

El rey miéntras que los de la Asamblea hacian y deshacian, se ocupaba en cazar.

El rey, en tanto que los nobles y los obispos abandonaban sus tierras y sus derechos feudales; el rey, que queria, como todo el mundo, hacer sacrificios, abolia sus monteros; pero no por eso dejaba de cazar.

El rey, miéntras que los individuos del regimiento de Flándes comian con los guardias de corps, el rey se iba á caza como todos los dias y la mesa se habia de servir á su vuelta.

Esto le inquietaba tan poco, y él mismo daba tan poco qué hacer, que se resolvió pedir á la reina el palacio para celebrar el convite. La reina no hallaba razon para negar la hospitalidad á los soldados de Flándes.

Concedió el salon del teatro para aquel dia, y consintió en que se construyese un tablado para que hubiera sitio bastante para sus soldados y para sus huéspedes.

Una reina, cuando dá hospitalidad á los nobles franceses, la dá como reina.

Ya tenian comedor; pero necesitaban un salon, y la reina les concedió el de Hércules.

El dia 1.º de octubre se dió este convite que señalará tan cruelmente en la historia la imprevision y la ceguedad de la monarquía.

El rey estaba de caza.

La reina, encerrada en su habitacion, triste y pensativa, se hallaba decidida á no oir el choque de las copas ni el eco del festin.

Tenia en brazos á su hijo, y Andrea se hallaba á su lado. Dos doncellas trabajaban en un ángulo de la habitacion.

Iban entrando poco á poco en el palacio los oficiales con sus ricos uniformes y sus brillantes armas. Los caballos relinchaban, sonaban las cornetas, y las dos músicas del regimiento de Flándes y de los guardias, llenaban los aires de armonías.

En las verjas de Versalles una multitud inquieta, curiosa, escuchaba, analizaba, comentaba la alegría y la música.

Lo mismo que las ráfagas de una tempestad, se exhalaban por bocanadas, á través de las puertas abiertas, con los murmullos de la alegría los vapores de una succulenta comida.

Era muy poco prudente el hacer aspirar á aquel pueblo hambriento el olor de las carnes y del vino, á aquel pueblo furioso la alegría y la esperanza.

El festin continuaba, sin embargo, sin que nada viniese á estorbarlo. Sóbrios y llenos de respeto á su uniforme, los oficiales hablaron en voz baja y bebieron moderadamente. Durante el primer cuarto de hora el programa se cumplió al pie de la letra.

Llegó el segundo plato.

Mr. de Usignan, coronel del regimiento de Flándes, se levantó y propuso cuatro brindis; uno al rey, otro á la reina, otro al delfin y uno á la familia real.

Cuatro exclamaciones, que hicieron retumbar las bó-

vedas del salon, fueron á herir los oídos de los tristes espectadores de la parte de afuera.

Levantóse un oficial. Sin duda era un hombre de sano criterio que preveía el resultado de todo esto; un hombre sinceramente afecto á aquella familia real á quien se festejaba tan estemporáneamente.

Comprendía aquel hombre que entre aquellos brindis se olvidaba uno que se presentaría por sí mismo si ellos no lo presentaban.

Y propuso un brindis á la nacion.

Un prolongado murmullo se oyó por todas partes.

— ¡No! ¡no! exclamaron en coro los concurrentes.

Y el brindis á la nacion fué rechazado.

El festin se caracterizó en aquel momento y el torrente tomó su verdadero camino.

Se ha dicho, y se dice aun, que el que acababa de proponer el brindis era el agente que provocó la manifestacion contraria.

Pero sea de esto lo que quiera, sus palabras produjeron un efecto terrible. Olvidar la nacion, pase; pero insultarla era ya demasiado; y la nacion se vengó.

Como desde aquel momento se rompieron los diques, como al prudente silencio habian sucedido los gritos y las conversaciones exaltadas, la disciplina llegó á ser una vana quimera y se mandó entrar á los dragones, á los granaderos y á los cien suizos; en fin, á cuantos soldados habia en el palacio.

El vino circuló por todas partes, llenó repetidas veces los vasos, aparecieron los postres y fueron entrados á saco. Los soldados olvidaban que alternaban con sus oficiales. Aquella era una fiesta verdaderamente fraternal.

Por todas partes gritaban: ¡viva el rey! ¡viva la reina! y aquella alegría, aquella lealtad, aquel entusiasmo hubiera sido un espectáculo bastante grato para la reina y hubiera indudablemente tranquilizado al rey.

¿Por qué aquel rey tan desgraciado y aquella dolorida reina no asistían á semejante festin?

Algunos oficiales corren entusiasmados al cuarto de Ma-

ría Antonieta y la refieren y exageran lo que han visto.

Entónces las miradas lánguidas de la muger se reaniman; levántase la reina, gozosa de ver aun lealtad y adhesion en los pechos franceses.

Aun habia esperanza.

Pero la reina arrojó en su alrededor una mirada triste y desolada.

A sus puertas empezaba á circular una multitud de servidores. Suplican, conjuran á la reina que haga una visita, nada mas que asome la cabeza á aquel festin en que dos mil entusiastas consagraban por sus vivas el culto de la monarquía.

— El rey está ausente, dijo ella tristemente, y yo no puedo ir sola.

— Con monseñor el delfin, prorumpieron algunas voces imprudentes.

— Señora, señora, dijo una voz á su oído; quedaos aquí, yo os lo suplico.

Volvióse la reina y vió á Mr. de Charny.

— Pues qué, dijo María Antonieta, ¿no estais vos con esos caballeros?

— He salido de allí; reina por allá abajo una exaltacion cuyas consecuencias pueden hacer mas daño de lo que cree V. M.

María Antonieta estaba en uno de esos dias de mal humor, de caprichos, y quiso hacer precisamente lo contrario de lo que deseaba Charny.

Lanzó al conde una mirada de desprecio y se disponia á contestar con algunas duras palabras, cuando deteniéndola con un gesto respetuoso:

— ¡Por piedad! señora, dijo Charny, esperad al ménos el parecer del rey.

Charny creia ganar tiempo.

— ¡El rey! ¡el rey! exclamaron muchas voces á un tiempo. S. M. vuelve de caza.

Y así era.

María Antonieta se levanta y corre á recibir al rey, que llegaba cubierto de polvo y lodo.

— Señor, dijo la reina, allá abajo hay un espectáculo digno del rey de Francia; venid, venid.

Y tomándole de la mano le lleva sin mirar á Charny, que hunde las uñas de su mano en su pecho.

Llevando á su hijo de la mano izquierda baja las escaleras; una oleada de cortesanos la precede y la arrastra; y llega á las puertas del salon de la Opera en el momento en que por la vigésima vez los vasos se vaciaban á los gritos de ¡viva el rey! ¡viva la reina!

CAPITULO XLVI

El banquete de los guardias.

En el instante en que apareció la reina con el rey y su hijo en el salon del teatro de la Opera, una inmensa aclamacion se oyó por todas partes, semejante á la esplosion de una mina.

Los soldados entusiasmados, los oficiales ébrios de alegría, levantaban en alto sus sombreros y sus espadas, gritando :

— ¡Viva el rey! ¡viva la reina! ¡viva el delfín!

Las músicas empezaron á tocar la cancion de *¡O Richard! ¡O mon roi!*

La alusion que encerraba esta música era tan trasparente, estaba en tal consonancia con el pensamiento de todos, representaba tan exactamente el espíritu del banquete, que un acompañamiento general de voces entonó sus palabras.

La reina, entusiasmada, olvidó que se encontraba rodeada de hombres acalorados por los licores; el rey, sorprendido, conocia muy bien, ayudado de su buen sentido, que aquel no era su sitio, y que caminaba por una senda que no aprobaba su conciencia; pero débil y halagado por una popularidad y ardor que se hallaba poco acostumbrado á encontrar en su pueblo, se dejaba conducir poco á poco del entusiasmo general.

Charny, que durante toda la comida no habia bebido

mas que agua, se levantó y palideció al ver á la reina y al rey en aquel sitio, pues habia llegado á tener esperanzas de que todo pasaria lejos de su presencia, y entónces le importaba poco lo que pudiera suceder.

Lejos de ellos, todo podria desmentirse, retractarse; pero la presencia del rey y de la reina era la historia.

Su terror se aumentó mucho mas así que vió á su hermano Jorge acercarse á la reina, y animado por una sonrisa, dirigirla la palabra.

Hallábase demasiado lejos para poder oir lo que decia, pero al ver sus ademanes, comprendió que se trataba de una súplica.

A esta súplica contestó la reina con una señal de asentimiento; y de repente, arrancando la escarapela que llevaba en su cofia, la entregó al jóven.

Charny se estremeció, estendió los brazos y estuvo á punto de arrojar un grito.

No era ni aun la escarapela blanca, escarapela de la Francia la que presentaba la reina á su imprudente peticionario, sino la escarapela negra, la escarapela del Austria, la escarapela enemiga.

Por esta vez la reina habia cometido mas que una imprudencia; lo que habia hecho era una verdadera traicion.

Y no obstante, estaban tan fuera de sí aquellos pobres fanáticos, cuya pérdida habia Dios decretado de antemano, que cuando Jorge de Charny les presentó aquella escarapela negra, los que llevaban la blanca la arrancaron de sus sombreros, y los que aun tenian la tricolor la pisotearon.

Y entónces la locura llegó á tal extremo, que á pique de ser sofocados por los besos, y de hollar bajo sus pies á los que se arrodillaban ante ellos, los augustos convidados tuvieron que tomar el camino de sus habitaciones.

Todo aquello no era sin duda otra cosa que un desbordamiento del carácter francés, que la nacion hubiera perdonado fácilmente si la orgía se hubiera contenido en los límites del entusiasmo; pero no fué así.